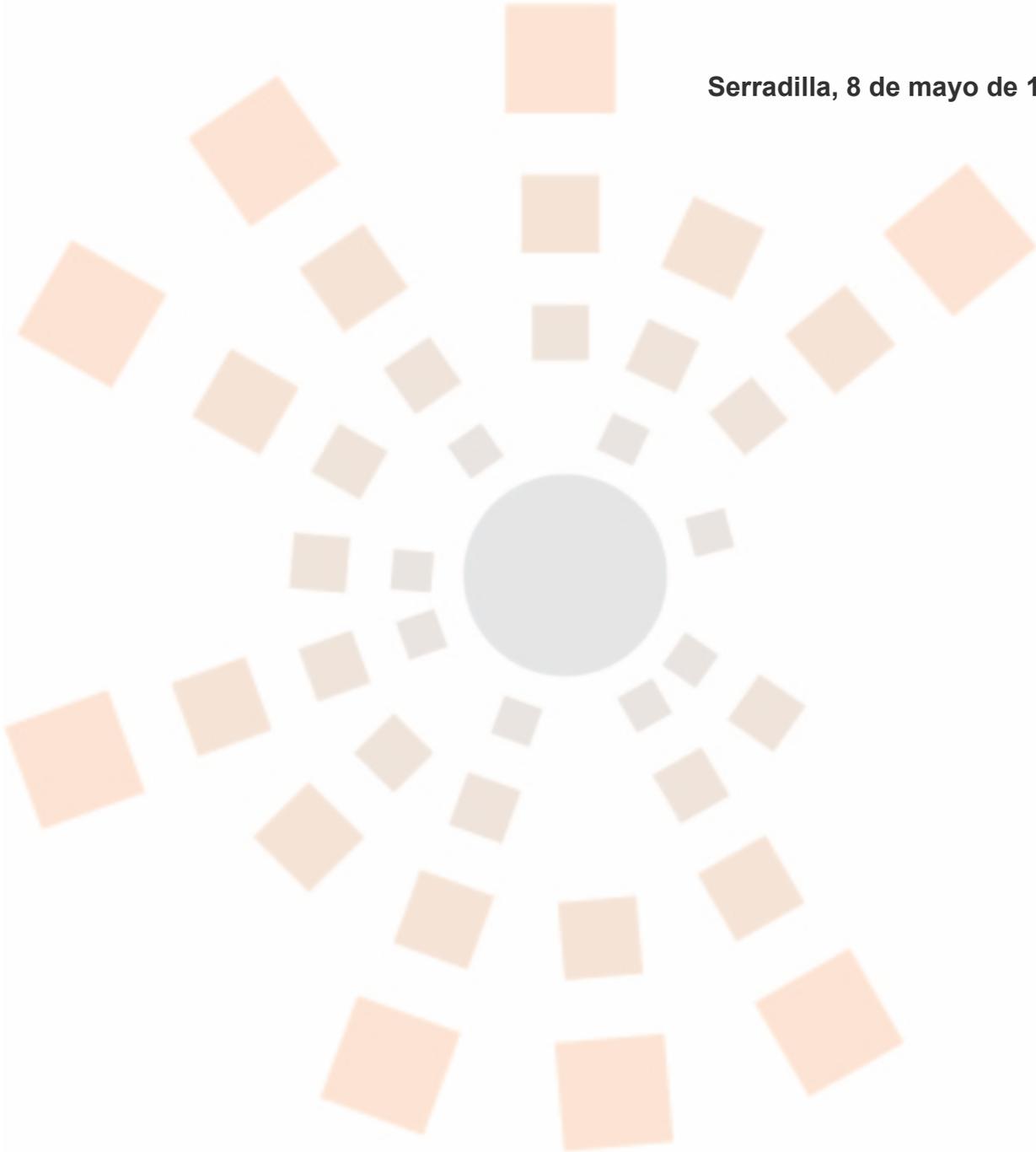


**INTERVENCIÓN EN EL ACTO DE LA XVI SEMANA DE
EXTREMADURA EN LA ESCUELA**

Serradilla, 8 de mayo de 1993



INTERVENCIÓN EN EL ACTO DE LA XVI SEMANA DE EXTREMADURA EN LA ESCUELA

Serradilla, 8 de mayo de 1993

Queridos amigos, niños y adultos, alumnos y educadores. Renovamos la tradición de celebrar el encuentro de una amplia representación de la comunidad educativa de esta región, en otro pueblo de Extremadura, con otro paisaje, entre otras gentes.

Parece que fue ayer cuando en Jerez de los Caballeros nos encontrábamos para celebrar estas Jornadas de Extremadura en la Escuela en un año simbólico de 1992 en el que la conmemoración del V Centenario nos ha permitido durante un año y definitivamente acercarnos al continente hermano y que sin duda habrá dejado una huella indeleble en vuestro aprendizaje. Un año en el que yo personalmente también he aprendido mucho de la cultura iberoamericana.

Hoy Serradilla, nos acoge a todos con la hospitalidad y el cariño con que los extremeños reciben a todos sus visitantes.

Pero no pretendo aburriros con un discurso institucional excesivamente serio, prefiero contaros una historia, la de una tierra fronteriza, que fue resignada y anónima, una historia sin título porque espero que vosotros le pongáis el que por justicia se merezca.

Hace algunos años, allá por 1960 cuando ninguno de vosotros había nacido, había una familia que vivía en un pueblo, parecido a Serradilla, pero tuvo que emigrar a Cataluña porque ese año la cosecha fue mala y no sacaron ni para pagar la renta de la tierra que trabajaban.

Atrás dejaron a padres, familiares y amigos, abandonaron su casa y sus costumbres, vendieron lo poco que tenían y en un tren de asientos de madera vieron dos veces salir el sol.

En la nueva tierra, ayudados por otros parientes y amigos que marcharon antes por parecidas circunstancias, había trabajo, buenos colegios, universidades, modernos hospitales, tiendas, cines... en fin una puerta abierta a los sueños, una garantía para el futuro de los hijos.

Juan, el hijo menor de esta familia, nació en un barrio del extrarradio de Barcelona, en el que la mayoría de sus habitantes eran emigrantes andaluces, gallegos, murcianos y extremeños que trabajaban en las fábricas, la construcción o el servicio doméstico.

En el humilde piso donde vivían, un hule un poco quemado que reproducía el mapa de España cubría la mesa de la cocina y mientras Juan comía entretenía su

tiempo leyendo embelesado los nombres de Trujillo, Coria, Cáceres, Badajoz, Azuaga, Zafra, Almendralejo, y recorría la distancia con ojos interrogantes de Barcelona a Extremadura, de Extremadura a Barcelona y curioso como todos los niños preguntaba a su madre por cosas del pueblo, de los abuelos, de las historias de su pasado que les hizo venir a Barcelona.

Juan tenía también otro mapa en la pared de su habitación, era un mapa grande de Extremadura que en una de sus visitas le regaló el abuelo. Éste nunca quiso dejar el pueblo, ni siquiera cuando murió la abuela.

Era un mapa viejo por el que el niño viajaba con el dedo de norte a sur, de este a oeste, de la tierra al cielo. Imaginaba ser una cigüeña volando sobre campos de cultivos y dehesas surcadas de regatos, montes cuajados de encinas, alcornoques, jaras, retamas, torvisco y cantueso. Imaginaba ser un pastor que bajaba de Castilla con sus ovejas merinas surcando los antiguos cordeles y cañadas para pastar. Durante el invierno imaginaba que estaba en el pueblecito de sus padres, que tenía una gran plaza y callejuelas serpenteantes en las que la gente vivía en casas bajas, de una o dos plantas que ellos mismos habían construido con los materiales que la naturaleza les tenía a su alcance (pizarra, granito, barro), no se veía ningún parque pero estaban rodeados de campo. Imaginaba sus casas con patios y corrales en los que guardaban a los animales. Imaginaba a los niños que reían en las calles mientras jugaban. Imaginaba la casa del abuelo, casa de labradores con corrales, cuadras, sobrados, pajeros, cocina donde se colgaba la matanza y se contaban cuentos en las noches frías junto al calor de la leña de encina, y frescos zaguanes de recreo en los días de riguroso verano.

Había oído hablar a sus padres de todo aquello y notaba que cuando lo hacían, en sus ojos brillaban tiernos recuerdos, por eso quiso aquel verano ir al pueblo, donde nunca estuvo y tantas veces recorrió con los ojos cerrados.

Entonces Juan tenía menos de doce años, era un muchacho inquieto y despierto que quedó asombrado de la tierra por la que tantas veces había viajado con su dedo.

Nunca olvidaría el mes de verano en el pueblo, las mañanas en el huerto recogiendo tomates y cebollas para un buen gazpacho fresco, las tardes con sus amigos en el río despertando el sueño de la siesta imperdonable cuando el calor era intenso, las cenas en el patio bajo la higuera oliendo la tierra mojada del riego, las noches brillantes de estrellas y los conciertos de ranas y grillos.

Cuando regresó a Barcelona tuvo una nueva sensación, sintió temor de volver a encerrarse entre bloques de cemento, a oír ruidos molestos y respirar la contaminación de la gran avenida abarrotada de coches que desfilaban anónimamente delante de su piso, a oler el caliente asfalto de los veranos, las bocanadas de aire asfixiante que emanaba de los túneles interminables del metro, la sensación de vivir entre infinitas caras secretas...

Entonces decidió que algún día regresaría para quedarse con el abuelo, él no quería un futuro en el que tendría que vivir para trabajar y gastar el dinero en grandes almacenes o en comprar el último modelo de coche, o disponer de todos los electrodomésticos del mercado, estaba dispuesto a renunciar a muchas cosas a las que estaba acostumbrado porque había descubierto la sabiduría de un pueblo con

una inmensa riqueza, con un futuro muy distinto al que sus padres sufrieron y quería participar en él.

Hoy Juan vive en la casa de su abuelo, trabajando en y por su pueblo, compatibiliza su ocupación en el taller, con su labor en la asociación de vecinos y juega en el equipo de fútbol, tal vez se presente este año para concejal, lleva una vida tranquila y le gusta salir a coger espárragos, setas o criadillas, charlar amigablemente con sus amigos, disfruta con la pesca o ayudando a su abuelo en el huerto.

Él sabe que los problemas de su pueblo y de su región son complejos: el paro, la situación de la agricultura, el desarrollo industrial, el abastecimiento de agua, la droga, el futuro de los jóvenes... todo eso de lo que se habla en los bares, cuando se echa la partida al calor de un brasero de picón o en los comercios cuando las mujeres aprovechan la hora de la compra para hacer los comentarios cotidianos, o en el centro médico donde los viejos, de ojos pequeños de tanto mirar la vida y piel surcada por este sol implacable, hablan del gobierno y las pensiones.

Él sabe, porque lo aprendió de su abuelo, que el mañana debe mantener la armonía entre el patrimonio heredado de los mayores y el progreso.

Sabe, porque lo aprendió por sí mismo, que el futuro de su región y su pueblo está en saber aprovechar la potencialidad del medio ambiente, la riqueza de su arquitectura popular, la tranquilidad de sus pueblos de costumbres relajadas, la variedad de una cultura mezcla de trashumancia, descubrimiento y anonimato, expresiones de una forma de vida que habrá que conservar, mimar, conjugar con los avances tecnológicos de una sociedad en continuo cambio.

Juan y yo sabemos que aún queda mucho por conseguir, pero que se van dando los pasos, por un camino por el que todos transitamos: políticos, educadores, trabajadores, desempleados, adultos, niños... porque los extremeños hemos tomado conciencia de que ese camino es patrimonio y responsabilidad de todos.

Desde aquí quiero pensar que entre vosotros hay muchos futuros Juanes que se comprometen con el desarrollo de sus pueblos, que apuestan por una Comunidad orgullosa y sin temores hacia el futuro. Así pues nuestra Región, cada uno de nuestros pueblos debe estar presente no sólo en la Semana de Extremadura en la Escuela, sino en el pensamiento y en el vivir diario de cada uno de nosotros, hombres, mujeres y niños de esta tierra que deben prepararse sin regatear esfuerzos con el fin de hacer posible un reto que nos une y nos hace fuertes.

Juan vino de otro sitio, pero pertenecía a su pueblo, posiblemente nunca se fue.

Juan podía ser de Serradilla, un pueblo pequeño y encantador, como tantos y tantos de Extremadura, que ha sabido conservar los valores de Extremadura, de proyectarlos fuera de nuestras fronteras, porque nos ha dado la tremenda satisfacción de haber sabido conservar junto con otros pueblos vecinos uno de los patrimonios de la naturaleza y la cultura más valiosos de Europa: Monfragüe.

Lo pequeño, como Serradilla y vosotros, es hermoso. Como son hermosos la mayoría de los pueblos de donde provenís porque han sabido guardar las esencias

de nuestra cultura. Por este motivo no es casual estar hoy en Serradilla y que sea el pueblo que tiene la satisfacción de recibir a tantos miles y miles de escolares que hoy se concentran bulliciosamente a lo largo de las callejuelas y plazas.

Y pienso que no es casual porque, como en tantos pueblos de Extremadura, estos lugares, estos paisajes, tienen algo de magia, un encanto especial, como si aquí la naturaleza hablara más alto, como si la mano del hombre no hubiera querido manchar la pureza y la belleza de lo natural, como si la inteligencia y el cariño de los habitantes de esta zona hubiera preferido, como los personajes de la historia que os he contado, sacrificar parte de su bienestar material para dejárnoslo disfrutar hoy y mañana a nosotros, hijos como somos de esta tierra y estas gentes.

Estos pueblos del entorno de Monfragüe, hoy simbolizados en Serradilla son merecedores de abanderar Extremadura como defensor de la cultura de la conservación medioambiental de los extremeños y representar desde la Sierra de Gata hasta Tentudía, desde la Siberia hasta la campiña Valentina, y tantas y tantas comarcas fascinantes a la que vosotros pertenecéis y de la que todos somos parte.

En esta celebración de la XVI Semana de Extremadura en la Escuela, tendría que informaros de muchas cosas que un Presidente de esta Región debería abordar sobre nuestra Comunidad, sobre los problemas de la escuela: el estado de los edificios, los equipamientos, la formación del profesorado y otros muchos temas que la calidad educativa requiere. No obstante, vais a permitirme que sólo os hable de una cuestión, que este año elijamos un tema monográfico como significado de este acto: la relación entre escuela, naturaleza y Extremadura.

Quisiera que esta XVI Semana de Extremadura en la Escuela, fuera una llamada a toda la Comunidad Escolar para continuar esta fructífera relación de aprendizaje de la naturaleza extremeña en la escuela, para que a lo largo de este curso y del que viene y del siguiente incorporemos la asignatura de naturaleza a Extremadura, dentro y fuera de la Escuela.

Una asignatura fácil porque la hemos hecho fácil, ¿Cuál es la clave para que hablar del buitre negro o leonado, la cigüeña negra o blanca, el lince, el encinar o alcornocal, o el ecosistema de la dehesa se hayan convertido en una asignatura fácil? Es el amor por la naturaleza, el orgullo de vivir en una región privilegiada, lo que permite que toda la comunidad educativa, alumnos y profesores, se sientan atraídos y gocen con el aprendizaje y la enseñanza.

Resulta confortante ver cómo la preocupación por el medio ambiente de Extremadura ha calado en la Comunidad Escolar. Cómo ha imbuido la actividad educativa y hoy la naturaleza en Extremadura se ha convertido en una de las principales asignaturas por derecho propio, porque contamos con uno de los pocos paraísos de Europa y nosotros vivimos en él.

Sin apenas darnos cuenta, Extremadura la estamos descubriendo a través de sus paisajes y ecosistemas, pero también permite descubrirnos a nosotros mismos. Nuestra historia, arte, cultura, ciencia giran como un tiovivo en torno a la naturaleza extremeña.

Recorrer Monfragüe, aprenderlo es amar un poco más nuestra Región, pero no tan sólo su naturaleza, sino la gente que ha hecho posible conservarla. Y eso se

lo debemos a las personas que han vivido, viven y vivirán en los pueblos, que han sabido desarrollar una cultura del respeto a la naturaleza, que han sabido amar a su tierra y conservarla.

Sé que la Comunidad Escolar, los niños en las escuelas están desarrollando una sensibilidad especial en los temas de la naturaleza, lo percibo en su participación sana y desinteresada con artículos en los periódicos que leo con verdadero placer, que narran las cosas con esa alegría de lo vivo, con esa ingenuidad y sencillez que a los adultos nos hace tanta falta, con esos sentimientos de paz que muchas veces los adultos olvidamos.

Quiero, por último, daros las gracias por recordarnos con vuestra presencia el cariño que sentís hacia esta región, gracias por recordarnos vuestros deseos de paz y solidaridad, de un mundo mejor, de una Extremadura como la soñáis.

Gracias por apreciar esta cultura rural que han sabido conservar nuestros padres y abuelos, porque su sabiduría les enseñó que este paraíso extremeño no lo hemos heredado para derrocharlo, sino que hemos recibido un préstamo de nuestros hijos, los que ahora estáis en la escuela.